

## Roberto Esposito / Porqué la filosofía lo logra explicar el terrorismo

Traducción: Ficción

Fuente: [L'Espresso](#)

Parece que entre la filosofía y el terror hay una cierta falta de comunicación. Excepto en casos raros –como algunas páginas famosas de Hegel sobre la Revolución Francesa- la filosofía siempre ha mostrado una especie de reticencia a enfrentar el terror, y por lo tanto también con el terrorismo. Después del 11 de septiembre, quizás los dos más grandes filósofos de nuestro tiempo, Habermas y Derrida trataron de discutir el significado del impactante acontecimiento. Pero los resultados están por debajo de las expectativas. Sin embargo, nunca antes tiene una mirada filosófica contra el terrorismo ha sido tan necesaria. ¿Cómo lidiar con algo que ni siquiera se puede entender? Sin una comprensión profunda de esta horrible máquina de matar, no es fácil luchar con firmeza y eficacia.

Una rasgadura en este manto de opacidad la capa ha abierto el libro, importante e intenso, de Donatella Di Cesare “El terror y la modernidad”, recientemente publicado por Einaudi. Sin poder recorrer los argumentos, éste nos da más de una respuesta a nuestra pregunta. ¿Por qué que la filosofía sigue siendo ciega contra el terrorismo? ¿Y por qué el terror no logra interpelar al pensamiento? Una primera respuesta considera el carácter indefinido, sin forma, del terror indiscriminado –y del terrorismo, que es el agente principal. Su efecto más extremo –y de hecho aterrador- es el de borrar los límites, de confundir los límites. Entre la paz y la guerra, local y global, arcaico y moderno. Con el terror yihadista, la guerra total, que también incorpora dentro de sí misma la paz, tiende a convertirse en la nueva forma del mundo. No es una tercera guerra mundial en pedazos, como dice el papa Francisco, sino la primera guerra civil mundial. Una guerra hecha, al mismo tiempo, de cuchillos, aviones no tripulados, coches bomba, operaciones teledirigidas y carnicerías.

\* \* \*

Es esta mezcla sin límites que la filosofía tiene dificultades para investir –la que parece retirarse disgustada y temerosa de cualquier cosa que ponga en crisis la totalidad de sus coordenadas. Espacial, temporal, conceptualmente. Especialmente porque el nuevo terror entrelaza

indisolublemente dimensión global y dimensión local. Nacido de la globalización –y de hecho desbordado en todo el mundo- trató de formar un territorio gubernamental entre Irak y Siria, que trata de defender desesperadamente las fronteras. Si Al Qaeda evocaba movimientos repentinos entre arena y rocas, el Califato recuerda una fortaleza sitiada. A los pilotos suicidas que chocaron contra las dos torres, entrenados en los EE.UU. para conducir aviones americanos, les suceden los milicianos de negro que defienden una a una las calles de Mosul y Raqqa. Todo esto provoca una verdadera explosión de la distinción, a la que está acostumbrado nuestro pensamiento, entre interno y externo, dentro y fuera. La potencia disolutiva del terror se descarga, incluso antes que en víctimas indefensas, sobre la estructura espacial de nuestra forma de pensar, dejándolo fuera de uso.

\* \* \*

Pero la ruptura de fronteras, operada por el terror, altera también nuestras coordenadas temporales –en particular aquella a la que somos leales, entre Antiguo y Moderno, entre un pasado remoto y un presente precipitado hacia el futuro. Porque su primera característica es precisamente la capacidad de disfrazar de primitivismo sus tecnologías avanzadas y viceversa. La fascinación perversa que el terrorismo islámico tiene en sus jóvenes seguidores reside precisamente en esta contaminación. En la superposición entre los rituales arcaicos, costumbres, lenguas que parecen provenir de una edad prehistórica y el uso liberal de técnicas de publicidad modernos que ni siquiera los operadores occidentales son ya maestros. Las imágenes que se ejecutan en estos sitios tienen el poder onírico de la fusión entre lo real y lo imaginario, la violencia y la ternura, la amenaza y promesa. A la amenaza contra todos aquellos que no aceptan la nueva *umma*, de rodillas ante el poder de su líder absoluto, corresponde la promesa de una vida armoniosa, profundamente arraigada en los valores de la tradición, confortada por la certeza de una recompensa de placer infinito.

\* \* \*

Pero lo que pone en crisis a la razón occidental, originada a partir del *logos* griego y fertilizada por la Ilustración, es sobre todo la relación del terror con la muerte. No tanto con la muerte de los demás, sino la propia. No la muerte infligida a los infieles, sino la invocada por los “jinetes del Apocalipsis”, como Di Cesare define a los terroristas. La mezcla macabra de extremidades cortadas, rotas, incineradas por bombas humanas. Es este problema de la carne el epicentro alrededor del cual gira el dispositivo del terrorismo yihadista –diferenciándolo de todos los anteriores, en los que la muerte del atacante era un daño colateral a esperar, pero no el resultado previsto del ataque. Lo que nuestro pensamiento, de origen cristiano hace tiempo secularizado, no tolera, es este punto es oscuro, este agujero negro que se traga todos los sentidos y destruye el poder comunicativo del símbolo. Contra lo simbólico emerge el perfil, literalmente, imposible de ver, del *Real*, en el sentido que Lacan dio a este término. Real es precisamente lo que no simboliza, que rompe la capacidad, necesaria para la vida, de dar sentido a la experiencia.

\* \* \*

En el centro de la experiencia de la tradición filosófica del monoteísmo cristiano, y también del

hebreo, se encuentra la relación entre la vida y la muerte. La muerte se puede dar y recibir –ella de todos modos llegará. Pero todo ello se puede tolerar, e incluso aceptar, sólo desde el punto de vista de la vida. De la resistencia que la vida aún opone a la muerte. Como decía el gran anatomista francés, Xavier Bichat, que hacía su práctica médica diseccionando los cuerpos de los guillotizados, la vida no es más que el conjunto de funciones que resisten a la muerte. Aquello que hoy la filosofía más avanzada define como biopolítica, y que al menos hace dos siglos marca la relación cada vez más vinculante entre la política y la biología, establece que la muerte no es más que el resto en manos de los márgenes de la continua preocupación por la vida.

La santidad de la vida, a partir de la cristiandad, constituye el núcleo simbólico de la concepción occidental. Colocar en el lugar sagrado de la vida el ídolo de la muerte, relacionar a la muerte no a la vida, sino a la muerte misma, duplicar la muerte de la víctima con el agresor, es lo que nuestro pensamiento no alcanza a pensar. Sin embargo, es precisamente lo que se debe hacer para ser capaz de penetrar en el cuadro negro del terror. Y para luchar contra él hasta arrojarlo de nuevo al infierno del que ha venido.